

Presencia del P. Pallais (II)

Salvador Lacayo S. (1)

Azarías Pallais, alpinista del sufrimiento, ha sido el sacerdote más menospreciado y el escritor más desdeñado, más cubierto de humillaciones: Conspiraciones del silencio, hostilidades; su prestigio vivía saltando entre punzantes alambradas de prejuicios.

Siendo el Padre Pallais una de las más cimeras figuras de Istmo, la crítica no lo ha podido ubicar. ¿Humorista, panfletario, filósofo, místico, poeta? Yo diría un cocktail original y fuerte de todas estas cosas. Para ser humorista le falta ser escéptico; para místico, le sobra crudeza escatológica; para panfletario, carece de rayos y venenos y su pluma está nimbada de poesía; y como poeta, no fabrica flores artificiales, no es el medium de la belleza sino que clava sus uñas en las entrañas groseras del mundo. ¿Y filósofo? Filosofía es a veces arbitrariedad disciplinada, y Pallais apuntó su yo a los cuatro puntos de la rosa. Es, más bien, un anarquista, un angustiado, que me recuerda un poco a Baroja y al alma revuelta y loca de Unamuno. Es, además, uno de los escritores que han dicho, con palabras sencillas de profundo significado, más verdades al país. A las "pequeñas grandes omnisapiencias" nicaragüenses las abofeteó, les descargó sus martillos verbales desde el púlpito, pensando, tal vez, con San Gregorio Magno: "Dicen que la verdad desnuda escandaliza, pero no hay peor escándalo que ocultar la verdad". Sus artículos periodísticos son una ofensiva contra el orden falaz, la libertad hollada y las retaguardias ideológicas. Pallais, al par que del orden y de la libertad, estaba prendado del arte y de la belleza; pero el arte era para él una emoción íntima y profunda, que ensanchaba el pecho y acaloraba la fantasía; la belleza, ajena a todo amaneramiento, libre de todo convencional perifollo, surgía a sus ojos con delicioso naturalismo, del fondo oscuro de la realidad. Fue nuestro inconforme Azarías como un poeta griego, para quien, de las montañas segovianas, de las pesadas olas y de las ténues brisas del Pacífico, saliese otra vez la eterna Venus, pura y maravillosa hermosa; y con aquella visión en el alma, se revolvía contra la artificiosa pedantería de una "Sociedad de Escritores y Artistas", aparatosa y agónica.

Luchó, Azarías H. Pallais, con juvenil arranque y el arma que esgrimíó no fué la docta disertación, la exégesis erudita y el análisis minucioso; no combatió con el flemático razonamiento, sino con el estoque afilado y ligero de la ironía aristofanesca.

(1)—Cfr. ECA (1955), 22.

Los heridos por sus flechazos mortales, declararon guerra sin cuartel a aquel "vándalo" anarquista. No le faltaron partidarios: buena parte de la juventud púsose a su lado: la pujante y entusiasta generación de vanguardia. Pero como aquellos esfuerzos irreflexivos y desarticulados se estrellaron contra la arrolladora realidad de nuestro medio infecundo, el Padre Pallais lo abandonó desdenosamente con el pensamiento llevando, a pesar de todo, en el fondo del corazón, esta patria sin orgullo que se percibe detrás de su nostalgia y de sus burlas.

Destácase en muchos de sus poemas, inspirados por la majestad lóbrega del Pacífico en las costas nicaragüenses, uno de los múltiples caracteres de su autor: cierta nostalgia de la antigüedad clásica, del firmamento sereno de Italia y Grecia, de las ondas iguales y transparentes del mar Tirreno y del alegre sol de Bélgica. Entre las negras oleadas y las espantosas trombas del mar de nuestra infecundidad, se presentan a la imaginación entristecida de nuestro vate los dioses helénicos, descoloridos y mustios, como espectros exánimes de un mundo aniquilado, de una poesía muerta.

Los elevados conceptos de Guillermo Valencia y de Porfirio Barba-Jacob sobre sus obras, bastaban para que el Padre Pallais se hubiera convencido de lo que él valía: el movimiento de Vanguardia le reconoció por corifeo, no obstante que pertenecía al modernismo. No contento con su triunfo de escritor y de poeta, ansioso de acción y movimiento, irritado por la pasividad de la patria en la agitada corriente de las ideas que conmueven al mundo, volvió más que nunca las espaldas y siguió viviendo en "Brujas de Flandes". Cuarenta años vivió en la que para él era como una nueva Jerusalén, sin firmar más que sólo "una vez" un escrito en el pueblo natal, que, junto con los demás pueblos de Nicaragua, era una especie de tierra de filisteos.

¡Cuán poco duraron sus ilusiones y sus esperanzas! ¡Cuán amargos fueron sus desengaños y también sus sufrimientos! El Quijote nicaragüense, hemos dicho, tomó por lanza la pluma del escritor: en sus glosas hablaba de luchas inútiles, agitado él mismo por sus deseos de amor universal y pletórica el alma con sus virtudes de digno siervo del Señor. Unas veces fue acusado de enemigo de la "sociedad", otras de demagogo y servil, asalariado por demencia, otras, en fin, por pernicioso misántropo. Y era que vacilaba su espíritu; que el ideal generoso y humanitario que entreveía en sus ensueños de poeta y de sacerdote, se perdía y eclipsaba en el fragor de la ignorancia. La ironía y el sarcasmo toman cada vez mayor parte en sus inspiraciones; el poeta de sentimiento conmovedor y la delicadeza exquisita del alba de su carrera, se convierte al atardecer de la misma en el vate soberano del humorismo entre nosotros.

La sátira más implacable contra nuestro ambiente traicionero y amoral es su "ENTIERRO DE POBRE", escrita en 1952, después de haber sido encarnecido y despedazado por los canes que hucheaba la demagogia. Entonces, lejos de reconciliarse con la patria, ahondó más, con las mordaces burlas de ese poema, el abismo que le separaba de ella, y, sin embargo, abrigaba aún la ilusión de "vivir" en su país nativo. Lo que aborrecía aquende "Brujas", era a la despótica ignorancia, que esclavizaba a la inteligencia, culpable solamente de su inercia perezosa. "Amaré y honraré nuestra bandera —me dijo una vez que le acusé de menospreciar el pabellón nacional con su actitud— cuando no sea juguete de insensatos, de

bribones y de simuladores de talento, cuando sea enarbolada en las cimas del pensamiento cristiano-nicaragüense. Amo la patria tanto como "vos". Por eso vivo en "Brujas de Flandes" y moriré quizás allí, sin las contorsiones del mártir. Amo a los nicaragüenses como amo a todos los hombres cuando son patriotas, cuando son sinceros, cuando son razonables. No temas: no claudicaré ante la demagogia ni ante la servidumbre del pensamiento ni ante la ignorancia. Nicaragua es tuya, mía y de todos los nicaragüenses, porque nacimos en ella. A nadie pertenece más que a nosotros. Librémosla de las garras de la tiranía demagógica y elijamos por sufragio universal a espíritus inteligentes que sepan sacrificarse por un pueblo honrado y laborioso".

¡Cómo comprendía el Padre Pallais que aquella odiada demagogia, que recogía sus fuerzas y las ejercitaba con la severa disciplina del régimen autoritario, tan antipático para él, era la que estaba incubando, ahora más que nunca, el embotamiento de las sensibilidad noble del pueblo, y enarbolada ante nuestros desorbitados ojos el sucio estandarte de la indiferencia por los problemas del país!

Clavado en la cruz del confinamiento por los clavos del sufrimiento, como dice Saint-Exupéry, el vate nicaragüense continuó fantaseando y delirando con mayor amargura en su alma y más ironía en su pensamiento. "Entierro de Pobre", es la expresión de los sufrimientos, de la duda, de las aspiraciones del poeta que vislumbra la muerte: los sueños más extraños, las sátiras más crueles, las burlas más desdeñosas, llenan aquellos breves versos, en los que el estertor de la muerte parece unido a la evocación, a que aún se agarra el agonizante, de su vida juvenil. Como Aquiles, en los Campos Elíseos, el martirizado Azarías renunciaría a la gloria por disfrutar un solo día de comprensión entre nosotros!

¡Grito desesperado de la mísera carne humana, deteniendo los nobles vuelos del espíritu! Pide el poeta un entierro de pobre, y suplica que no vayan "los otros", es decir, sus verdugos, los verdugos de la cultura y de inteligencia, los concupiscentes, los rastacueros, los snobs, los simuladores de talento, los hijos de la moda. De esta manera, las impresiones de su vida, las luchas de su alma, vienen a llenar sus últimos momentos. ¡No quiero que profanen mi funeral!, en buen romance.

"¡Nuestro Heine ha muerto! Triste, muy triste, es ver como desciende al sepulcro el hombre que se eleva en alas del genio y de la poesía, a excelsas regiones; triste, muy triste es ver como cede el robusto roble al soplo de los vendavales y se sumerge deshecho por las tormentas el empavesado buque", ha de haber dicho Ramón Romero. al saber la muerte del poeta y del amigo.

Los diarios del país registraron la fatal noticia, publicando su efigie, extenuado, con la frente abatida, con el cuerpo encorvado por el peso que había soportado; "como un Cristo de Morales". Coronábale de gloria, ahora que había muerto, pero en vida le dejaron solo, abandonado en una iglesia de pueblo, y saltaron en la historia de nuestra literatura sobre este excelso y original poeta, que fué como una joya caída en un lodazal donde perdió su esmalte y se trocó en escoria.

Murió el Padre Pallais el 6 de septiembre, y el cementerio de Guadalupe, en León, cuna esta ciudad de sus primeras alegrías y de sus primeras desventuras, recibió sus despojos mortales. Su númen queda triunfante, como aquellos astros eternos de que a veces nos hablaba, resplandeciendo esplendorosos sobre las pasajeras nubes que oscurecen el firmamento y conmueven el mundo con sus huecos estampidos.